

ficial. Entre los idiomas que posee, no hay uno del cual deje de conocer los términos vulgares, las dicesiones, los adagios y toda esa difícil nomenclatura que constituye la parte popular de una lengua. Un día preguntaba á uno de nuestros amigos de qué provincia de Francia era.—De la Borgoña.—¡Ah! tenéis dos dialectos borgoñeses, ¿cuál de ellos habláis?—Conozco el dialecto de la baja Borgoña.—Y el cardenal se puso á hablarle el dialecto de la baja Borgoña con una facilidad que habría causado celos á todos los campesinos de Nuits ó de Beaune. Es también conocida la anécdota referida por Lord Byron. El célebre poeta, que sabia muchas lenguas, se creia un fénix, y al llegar á Bolonia, en donde residia todavía el cardenal Mezzofanti, quiso verle para probarle. Le toca conversacion sobre las lenguas extranjeras, y por fin sobre el inglés, citándole los votos que ha oido en boca de los cargadores, de los ganapanes, de los cocheros, de los arrieros, etc. Cuando acabó, le preguntó el modesto abate: ¿eso es todo?—A ménos que se inventen más, yo no sé de otros.—Estais errado, milord; y le dió á conocer mil «curiosidades» desconocidas en el rico diccionario de John Bull. Ved ahora de qué modo refiere Lord Byron el hecho: «No me acuerdo de uno solo de nuestros literatos extranjeros á quienes haya yo deseado ver, ménos Mezzofanti, que es un prodigio de lenguaje, Briarea de las partes de oracion, poligloto ambulante, que debia haber vivido en tiempo de la torre de Babel, como intérprete universal; verdadera maravilla ¡y sin pretensiones! Le he examinado sobre todas las lenguas, de las que sabia yo algun juramento propio de postillones, de hombres salvajes, de vagos, de marineros, de pilotos, de gondoleros, de arrieros, de conductores de camellos, de cocheros, de administradores de hoteles,

y de caballos de posta y de gentes por el estilo, y ¡pardiez! me ha confundido en mi propio idioma! 1.

Al salir percibí, ó mas bien me acordé de que estábamos en pleno carnaval. La plaza del Pueblo estaba cubierta de carruajes que entraban al Corso para dejar y recibir «confetti.» Conviene saber que el carnaval arroja al pueblo romano en la ebriedad de la dicha. ¿Creeríase que para conseguir mi bayoco, un pobre me deseó «un buen» carnaval? «padrone buen carnavales?» ¿Qué decis de esto? En Francia desear una cosa semejante á un sacerdote conocido por tal, como yo lo era de mi romano, ¿no seria una burla y casi una injuria? En Roma no es así; otros son los lugares, otras son las costumbres; más tarde diré una palabra sobre esto.

Siguiendo mi itinerario, habiamos dado vuelta á Roma. Habiamos salido del hospital del Espíritu Santo y ya nos encontrábamos de nuevo delante de aquel primer asilo en donde la caridad espera al hombre que entra en la vida. Mas allá del Vaticano nos llamaba el Janículo para enseñarnos sus maravillas. Pasando cerca de San Pedro «in Montorio» llegamos por la tarde al «conservatorio Pio.» Dos Pontífices, San Pio V y Pio VI, de inmortal memoria, fueron los padres y los bienhechores de esta casa; ¿podia tener un nombre más glorioso? El establecimiento, situado en un lugar encantador, tuvo en otro tiempo una reputacion merecida por su fábrica de telas, de servilletas y de manteles; los trastornos del último siglo han destruido esta industria. Las jóvenes huérfanas no tienen más que los trabajos de aguja que se procuran las mismas alumnas; á éstos se agrega la ropa blanca y el lavado del Colegio de la Propaganda. Las podéis conocer por su traje compuesto de un vestido café, de un chal negro á

1 T. V. p. 446.

la espalda y de un velo en la cabeza. Como en los otros asilos, les está permitido ver á sus padres, pero nunca ir á comer con ellos. El cardenal camarlengo es protector nato de la institucion; de él dependen las admisiones. No se despide á nadie; pero la muerte, el matrimonio y el claustro, dejan á menudo muchos vacíos. La priora y las maestras se eligen entre las antiguas pensionistas y esto da á la casa el aire, el tono y el espíritu de una verdadera familia.

En la misma colina está el conservatorio de «Santa María del Refugio.» Se remonta á 1703 y debe su origen al piadoso oratoriano Alejandro Bussi, el padre de los pobres y amigo de los papas Clemente IX y Benedicto XIII. Este conservatorio, establecido sobre bases más amplias que los otros asilos, recibe á mujeres de trece á veintitres años, huérfanas y privadas de mantenimiento. La costumbre general de admitir alumnas más jóvenes es ciertamente muy laudable; pero es muy mas útil también que haya un lugar como el que visitamos en este momento, para salvar de todo peligro á mujeres de más edad. Se cuentan allí cerca de cincuenta pensionistas educadas en la piedad, en el trabajo y en el hábito de las ocupaciones domésticas. Ellas mismas compran su uniforme negro con el salario de sus trabajos de ropa blanca, bordados y ornamentos sagrados.

Ya declinaba el sol cuando bajamos del Janículo. El día habia estado bueno; habiamos hecho una rica cosecha, y un cambio continuo de observaciones ocupó el largo trayecto que teniamos que recorrer hasta la calle de los «Nacelli.» En todos los puntos de la ciudad habiamos visto á la caridad romana dispuesta á tomar y á ocultar en su seno maternal á la niña desamparada y á la inocente huérfana. Inteligente en su ternura, proporciona la edu-

cacion á la posicion futura de sus pupilas; nada de lujo en la instruccion, nada de delicadeza en las costumbres, nada de más en los vestidos; la educacion es á la letra el aprendizaje de la vida. Pero lo que nos habia sorprendido sobre todo, es el cuidado en asegurar el porvenir de la joven huérfana. Roma no deja las cosas que hace á la mitad; mientras que en otras partes la adopcion es solo temporal, aquí es perpétua. La niña á quien le conviene, puede vivir y morir en el asilo que acogió su infancia. Si su gusto la llama á otra parte, no se la deja pasar del umbral del conservatorio hasta el momento en que su suerte queda asegurada, ya por el matrimonio, ya por la profesion religiosa. Así se previenen los terribles peligros preparados á la niña pobre, en donde quiera que es desconocida esta sabia conducta; ¿qué sucede, en efecto, frecuentemente entre nosotros? A la edad de diez y ocho años, se despide del hospicio á la niña huérfana ó abandonada. Sola, sin apoyo, sin experiencia, entra como criada á la primera casa que le abre las puertas. A poco andar será perdida, llegará á ser un escándalo público y tendrá tal vez sus manos homicidas en la sangre de la inocencia, ó abandonará los hijos á la caridad pública, mientras ella misma irá á poblar las prisiones ó á morir en un hospicio. De este modo, bajo el aspecto moral y aun bajo el aspecto económico, la adopcion perpétua es incontestablemente preferible.

En fin, lo que es digno de toda la atencion de los economistas verdaderamente dignos de este nombre, es la dote tan generosamente concedida en todos los conservatorios á la novia ó á la futura religiosa. Hay en esto, á lo que me parece, un profundo conocimiento del corazón humano, una voluntad bien encaminada á asegurar el pleno buen éxito de la primera educacion y una poderosa ga-



rantía para las buenas costumbres; este es el carácter propio de la caridad romana. En ninguna parte se muestra más generosa que en la creación de las dotes para las niñas pobres que quieren casarse ó entrar en religion. Me sería casi imposible hacer una enumeración exacta de todas las dotes que se distribuyen cada año en esa Roma maternal, tan previsora y por eso tan poco conocida. Fuera de las que han constituido familias ricas, sería necesario contar los dones matrimoniales de los monasterios, de los cabildos, de las congregaciones, de las numerosas cofradías; baste decir que casi todas las obras de religion y de caridad, tienen que satisfacer piadosos legados destinados á este objeto. Todo, hasta las loterías, suministran socorros dotales.

Cada sorteo de Roma debe dar 500 dotes de 30 escudos á otras tantas jóvenes Romanas indigentes, cuyos nombres se encuentran inscritos en cinco números que salen. Los sorteos que se hacen en las otras ciudades están sometidos á la misma obligación. Además, el senador de Roma distribuye cada mes tres dotes á tres niñas de los miembros de la milicia urbana. Pio VII ha criado muchas para las hijas y nietas de los desgraciados naufragos perdidos en las costas del Adriático. En una palabra, Roma distribuye cada año mil doscientas dotes, y como el número de matrimonios es de mil cuatrocientos, casi todas las niñas pueden aprovecharse de ellas: 32,000 escudos están destinados á esta obra. 1

El beneficio se extiende no solo á las alumnas en los conservatorios, sino también á las que habitan en el seno de sus familias. Aquí se manifiesta con nuevo brillo el lado moral de la dote. La célebre Cofradía de la "Anunciación," que

distribuye cada año cuatrocientas dotes, exige en la niña, para dotarla, que sea pobre, de buena reputación, Romana, nacida de legítimo matrimonio y que no habite con personas sospechosas. Las huérfanas son preferidas á todas las demás; y si son extranjeras, se las considera por este solo hecho de su abandono como si fueran Romanas. A fin de obligar á los padres á velar eficazmente por sus hijas, alejándolas de toda propensión sospechosa, la cofradía excluye á aquellas que viven en los hoteles ó que van á trabajar en las vendimias, en el corte de madera ó en las cosechas, á las hospederas, taberneras, lavaderas y vendedoras de semillas. Desde la edad de quince años, pueden, las que no están excluidas, depositar en manos de la archicofradía sus certificaciones. Los visitadores, elegidos entre los hombres más maduros y más probos de la sociedad, van á asegurarse en la casa misma, de la pobreza de las niñas y de su conducta. Después de tres años de vigilancia y de prueba, obtienen su dote. Esta especie de patronato, que se ejerce durante los tres años más peligrosos de la vida de las jóvenes que solicitan dotes, y que son tan numerosas en la ciudad, debe influir muy ventajosamente en la moral pública.

El día de la Anunciación se les entregan los diplomas dotales, y debo decir que se siente uno feliz con estar en Roma ese día. En la mañana se traslada el Santo Padre á la Iglesia de la Minerva; allí tiene capilla papal, es decir, que asiste á ella rodeado del Sacro Colegio, á la misa que se celebra por uno de los cardenales. La vasta iglesia está llena de gente; en los lugares de honor están todas las niñas vestidas de blanco. Después de la misa, el Santo Padre se deja besar los pies por algunas de aquellas felices niñas. Ellas representan á aquellas de sus compañeras, que como ellas, se destinan á una vida re-

ligiosa. El mismo día hacen todas una procesión solemne; luego se separan, unas para entrar al mundo y otras para retraerse á la sombra de un claustro; muchas lágrimas corren de los ojos de las niñas, de sus padres y de los espectadores. Además, hay separación, pero no aislamiento. Aquellas dos jóvenes generaciones, reunidas un instante en el camino de la vida, seguirán prestándose mutuo apoyo; la una orará en la montaña, mientras la otra combatirá en la llanura, hasta el día solemne en que, reunidas de nuevo ante el Dios de la eternidad, recibirán la misma corona alcanzada en combates diferentes.

#### 4 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos.—Hospital de San Salvador.—De Santiago.—De San Galicano.

En los días precedentes habíamos seguido á la caridad romana en los umbrales de la vida. Ya nos es conocido lo que hace para salvar de la muerte al niño recién nacido, ó para proteger al huérfano contra la cruel miseria, y á la huérfana contra la miseria y la seducción. Volviendo á tomar hoy nuestro itinerario, llegamos muy pronto á una nueva estación. Apenas ha entrado el hombre en su peregrinación, cuando el dolor físico, la enfermedad, bajo todas sus formas, le espera y le toca, como el cruel buitre ase su presa para desgarrarla y hacerla espirar viva. A fin de sustraerle á sus funestos ataques, devolviéndole la salud, Roma le ha preparado diez y nueve hospitales en donde le esperan socorros de todo género. Dos están destinados especialmente á las enfermedades "medicales;" el "Espíritu Santo" para los hombres, "San Salvador" para las mujeres. Aquí se manifiesta el carác-

ter verdaderamente católico de la caridad romana.

Os sentís atacado repentinamente por fiebre tan comun en Italia á fines del estío, sois extranjero, sois pobre, pues esto no importa, presentaos al hospital del Espíritu Santo. Quien quiera que seais, cualesquiera que sean vuestra edad, vuestra patria, vuestra condición, vuestra religion, la puerta se abrirá al punto delante de vos. No se os pedirá pasaporte, ni certificado, ni profesión de fe, ni recomendación alguna; estais enfermo y este título os basta para todo; la caridad os recibe con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Hay más; si solo os sentís enfermo, sin tener de ello certidumbre, tocad; sereis acogido con afecto. Por temor de comunicaros enfermedad que no teneis tal vez, sereis colocado en una sala particular de observación. Os visitará el médico y se os prodigarán exquisitos cuidados hasta que, cambiándose la duda en certidumbre, debais entrar definitivamente al hospicio ó podais volver con confianza á vuestros negocios.

Como ya habíamos visitado el hospital del Espíritu Santo, nos fuimos directamente á "San Salvador." Atravesando por la vigésima vez el Capitolio, el Forum y el Coliseo, llegamos al hospital situado no lejos de aquellos lugares tan tristemente célebres por las crueldades de la antigua Roma. Está, como hemos dicho, destinado exclusivamente á las mujeres; allí son admitidas, según la generosa costumbre de la caridad romana, sin distinción de edades, condición, patria y religion, una vez que están atacadas de enfermedades agudas ó crónicas. El establecimiento cuenta cuatro grandes salas, que pueden recibir juntamente quinientas noventa y ocho enfermas. Una limpieza exquisita forma el ornamento de aquel vasto hospital. Confieso que quedamos encantados de encontrar aquí esa cualidad eminente y tan útil



de nuestros hospitales franceses. Entre los medios empleados para conseguirla, se notan los pequeños agujeros practicados debajo de los lechos, en la parte inferior de las paredes. Este medio inusitado, según creo, en otras partes, es muy útil para la salubridad y renovación del aire, así como los tubos que están dentro de las paredes y en el pavimento de las salas para alejar toda causa de humedad.

En la gran sala, como en Génova, y en general en los hospitales de Italia, hay numerosas inscripciones que recuerdan los nombres de los bienhechores. En primer rango debe contarse á la piadosa Teresa Doria Pamphili. El hospital de San Salvador le debe su más bello adorno, que son las Hermanas hospitalarias. Fueron formadas éstas según el modelo de nuestras Hijas de San Vicente de Paul, y se entregan al cuidado de los enfermos; hacen los cuatro votos simples de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad; Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI confirmó su institución. Además de los cuidados maternales de las religiosas, los enfermos de San Salvador reciben, como los del Espíritu Santo y de los demás hospitales de Roma, los servicios caritativos de las asociaciones piadosas. En días señalados, las nobles mujeres que forman parte de ellas van á pagar allí su tributo de celo y de afectuosa abnegación. Siete sacerdotes habitan el establecimiento; uno como prior, está encargado de la disciplina; otros asisten á los moribundos. El celo lleva allí muchas veces en auxilio de éstos á otros obreros evangélicos del clero secular y regular que van á procurar á los enfermos la abundancia de consuelos espirituales, yendo conducidos á ello por este poderoso estímulo. Leímos con gusto en la "Sala Nueva" una inscripción que merece conservarse. Ella recuerda que el papa Clemente XI, una vez que visitó el hos-

pital, encontró un enfermo en agonía y no lo dejó y le prodigó los cuidados y exhortaciones religiosas, hasta que le sintió espirar en sus brazos. Hay aquí, como en el Espíritu Santo, una piadosa cofradía que acompaña caritativamente con sus oraciones á los muertos, y los traslada del hospital al "campo santo."

El Espíritu Santo y San Salvador son los dos asilos preparados para las enfermedades ordinarias. Si el pobre hijo de Adán está atacado de una enfermedad que demanda operaciones dolorosas y un tratamiento especial, la caridad le enseña el camino de "Santiago," de "San Galicano" y de "Santa María del Consuelo." Nosotros tomamos el mismo camino y fuimos á visitar aquellos nuevos teatros en que la caridad disputa á la enfermedad sus numerosas víctimas. La plaza Trajana, la plaza Columna, el antiguo cuartel del Campo de Marte, fueron salvados rápidamente y llegamos no lejos del mausoleo de Augusto; aquí se encuentra el hospital de Santiago destinado á la alta cirugía. Allí se reciben enfermos de uno y otro sexo, sin distinción de religión y de país, que tengan llagas, úlceras, tumores, sífilis, etc. Para ser admitido basta ser pobre y estar atacado de una enfermedad incurable; Santiago puede contener trescientas setenta camas. Los cuidados medicinales son administrados por dos médicos y dos cirujanos en jefe, dos sustitutos, dos asistentes y quince alumnos inscritos en el hospital. Según costumbre, en otro tiempo general en Europa, todos aquellos hombres del arte llevan un traje particular. El sobretodo rojo, color ordinario de los cirujanos, lo es también para los estudiantes; el blanco para los médicos.

Para hacer aceptar al enfermo remedios algunas veces muy amargos, para consolarle, para renovar su cama y para rodearle de atenciones delicadas, encontramos

allí religiosas hospitalarias, á quienes van á reunirse á menudo las señoras romanas más distinguidas. Una comisión independiente, compuesta de un prelado, de un elesiástico y de un lego, dirige el hospital; un prior vigila la disciplina; esto en cuanto á lo material. Cuatro capellanes administran los socorros espirituales á los enfermos, que son visitados además por caritativos sacerdotes y por piadosos particulares. Las señoras que van á servir y á consolar á los enfermos se esfuerzan, por su parte, en traerlos á una vida cristiana y las más veces alcanzan buen resultado. Terminemos lo relativo á los cuidados espirituales por esta hermosa palabra de un historiador: "Felices, dice él, los pobres que acaban sus días en Santiago; ya tienen aseguradas abundantemente oraciones para después de su muerte" 1.

A la cabeza de sus bienhechores enseña el hospital á dos cardenales y á un papa, cuyos benditos nombres vivirán por siempre en el corazón de los pobres. En 1338, el cardenal Santiago Colonna se apercibió de que los enfermos cubiertos de úlceras y de llagas eran despedidos de los hospicios á causa de la fealdad y larga duración de sus males. Movido de compasión mandó en su testamento que se les abriera un asilo y se levantó Santiago, llamado "in Augusta" por razón de estar inmediato al mausoleo de Augusto. El cardenal Salviati, digno émulo del ilustre fundador, que vivió en el siglo décimoséptimo, embelleció el hospital y lo dotó con rentas considerables. En fin, el excelente Pio VII le agregó la escuela de clínica quirúrgica para hombres y mujeres. Si añadís una buena botica, con laboratorio y jardín, una biblioteca para uso de los estudiantes, un vasto anfiteatro, una sala de operacio-

nes y otra de baños, tendreis una idea de este importante hospital 1.

Dando un paso más en el camino del dolor y de la caridad, ganamos el Trastevere para visitar el hospicio de San Galicano. ¡En cuántos lugares se ve tristemente abandonado el pobre enfermo, por estar atacado de una enfermedad contagiosa ó que exige un tratamiento especial! En Roma no se conoce esta dura condición; hé aquí un asilo creado expresamente para él. San Galicano tiene en sí dos recuerdos que recogimos con gusto. En la edad media, habia venido un leproso francés á refugiarse más allá de la Puerta "Angélica." La curiosidad y la compasión le atraían numerosas visitas. El recogió bastantes limosnas para establecer él mismo una enfermería en donde sus infortunados compañeros pudieran encontrar cuidados y abrigo; el hospicio tomó el nombre de "Lázaro," el leproso del Evangelio. Entretanto, la lepra habia casi desaparecido, mientras que la sarna y la tifa llegaban á ser más comunes; se comenzó, pues, á atenderlas allí. La distancia lejana del hospital era un inconveniente; se la hizo desaparecer trasladando á los enfermos al Espíritu Santo. Allí permanecieron hasta 1724 en que el Papa Benedicto XIII les mandó edificar en el Trastevere un hospicio especial, que es uno de los más hermosos de Europa. Benedicto XIII, como todos los Pontífices romanos, celoso de conservar nobles recuerdos, dedicó el hospital bajo la advocación de San Galicano, personaje consular del cuarto siglo, que fué el primero que habia abierto en Ostia un asilo para los viajeros y los enfermos. Terminado el edificio, se mandaron á él todas las enfermedades cutáneas.

Fuimos recibidos por uno de los capellanes que tuvo la amabilidad de enseñar-

1 Constanzi, t. I p. 75.

1 Merich., p. 35.



noslo en todos sus pormenores. San Galicano se compone de dos grandes salas colocadas en la misma línea, una para hombres, cuya longitud es de 360 palmos; otra para mujeres, cuya longitud es de 240 palmos; están separadas por una iglesia cuadrangular, que tiene en uno de sus lados una puerta á la calle; los otros tres lados se terminan con altares. Anchas ventanas bien perforadas, una en frente de otra, iluminan y refrescan las salas; en el exterior hay un balcón cuyas puertas pueden abrirse y cerrarse fácilmente sin molestar á los enfermos. La sala de hombres puede contener ciento veinte lechos; la de mujeres ochenta y ocho. De las salas, atendidas con exquisita limpieza, pasamos al hermoso anfiteatro con que Leon XII enriqueció el establecimiento. Allí los útiles para preparaciones anatómicas, seis tinas de mármol para baños, una rica botica, un laboratorio y una sala de operaciones aseguran á los médicos todos los cuidados que pueden apetecer.

En su previsora solicitud ha arreglado Benedicto XIII las condiciones de admisión. Los enfermos que tienen á la vez sarna y tiña, ó lepra con calentura, son admitidos al punto, cualesquiera que sean su nombre, su país, su religion; los que tienen enfermedades cutáneas sin calentura, van allí á que se les atiende todos los días, si viven en Roma; si van de fuera, son recibidos con orden de los superiores; más no se limita á esto la caridad romana. Se ha observado que la tiña nace principalmente de la suciedad de la cabeza y se encuentra comunmente entre los niños de la clase pobre. Aunque no tengan calentura se les admite en el hospicio hasta que sanan; éstos forman allí casa aparte. Todas las mañanas asisten á la misa con los otros enfermos; se les cura en seguida y despues se les lleva á la escuela. Tienen un refectorio general, y por dormitorio la magní-

fica sala de Benedicto XIV. Durante el día, pueden pasearse en los corredores interiores y aun salir todos juntos. Las niñas viven del mismo modo en su departamento. Un consejo de tres miembros gobierna el hospital; un prior eclesiástico dirige á los hombres; las mujeres están confiadas á las Hermanas hospitalarias que tienen su noviciado en la casa. Dos capellanes y dos confesores están encargados de los cuidados espirituales; en cuanto á los del cuerpo, teneis un médico en jefe, un asistente interno, un cirujano que da el curso de anatomía y dos sustitutos.

### 5 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos que necesitan socorros pronto.—Hospicio de Santa María del Consuelo,—de los *Benfratelli*;—con los enfermos crónicos,—con los que no necesitan remedios ó cuidados domésticos, las visitas y la Limosnería apostólicas.

Cada pueblo tiene sus defectos particulares; el Romano es como los demás. La deplorable costumbre de pelear con cuchillo, parece natural en el pueblo italiano, como en las otras naciones meridionales. He visto á un frances y á un romano reñir por algunas piezas de dinero. En impaciencia, nuestro compatriota decía: "Yo te pagaré á bastonazos." El romano, pálido de colera, le respondió friamente: "Y yo con el cuchillo." "Ed io con cottello." Los "pilllos," en la calle, recurren á esta arma, á propósito de todo y á propósito de nada. Prevenir por todos los medios semejantes excesos, y si no puede impedirlos, curar al ménos sus tristes consecuencias, tal es el deber de un buen gobierno; así lo entiende Roma. Más tarde diremos lo que hace para destruir el abuso que ahora notamos; el orden de nuestras expediciones quiere que hablemos hoy del remedio que le prepara.

Cuando bajais al Velabro, se os enseña, no léjos de la roca Tarpeya, un hospital en donde brilla el orden, la limpieza y la elegancia. Si preguntais el nombre, os responderán: "Este es el hospital de Santa María del Consuelo;" y bendecireis al génio católico, único capaz de dar á los asilos del dolor nombres tan graciosos y tan dulces. Por otra parte, la augusta Virgen no hace olvidar á la heroína que en otro tiempo consagró aquellos lugares por el ejercicio de la más admirable caridad. "Aquí es, os dirá el hombre del pueblo, donde una noble matrona, hija de Símaco, patricio y senador romano, tenia la costumbre de dar de comer á doce pobres; y se llamaba Santa Galla. Ella consagró, como sierva de los pobres, su fortuna á sus amos; su casa fué la de ellos; restaurada y engrandecida por los Pontífices, ha llegado á ser con el tiempo el hospital que veis."

Está destinada al tratamiento de las heridas, fracturas, contusiones y todos los males que exigen el pronto socorro de la cirugía. Se divide en dos salas paralelas, amplias, limpias y perfectamente ventiladas; una para hombres y otra para mujeres, y pueden contener ciento cincuenta y seis lechos. Raras veces se ocupan todos, si no es en el Carnaval y en Octubre, cuando el pueblo se abandona sin freno á sus alegrías siempre locas y las más veces sangrientas. Todos los días se presentan heridos, á quienes se cuidan gratuitamente; despues que se curan se les vuelve á sus casas, ó bien se les da un lecho, si es necesario. Diez hombres del arte, tanto cirujanos como médicos y estudiantes, permanecen en el hospital, con el fin de que no se demore la aplicacion de los remedios.

Pero segun su loable costumbre, la caridad romana se ocupa sobre todo de la salud del alma; y cuántas armas homici-

das no ha hecho caer de manos de los desgraciados que tal vez solo esperaban verse sanos de sus heridas para perpetrar su venganza! Tres sacerdotes hay allí día y noche para asistir á los enfermos; además, veis llegar piadosas cofradías que van á visitarles, á instruirles, á alegrarles con dulzura. ¿Ha herido la muerte alguna víctima? Pues hay buenos hermanos que entrarán, al caer la noche, á la capilla fúnebre y sepultarán el cuerpo y le llevarán en oracion á su última morada. 1

Una corta distancia nos separaba de la isla del Tiber; allí nos llamaba una nueva obra no ménos bella que las anteriores; esta es el hospital administrado por los hermanos de San Juan de Dios, conocidos vulgarmente bajo el nombre de "Benfratelli." Este establecimiento, fundado en 1581, se compone de dos salas amplias, bien iluminadas y ventiladas, que pueden contener ambas setenta y cuatro lechos. Allí son atendidos los hombres solos, atacados de enfermedades agudas. Allí son trasladados los sacerdotes pobres que no pueden recibir en su casa los socorros necesarios. Exceptuando al médico en jefe, que pasa la visita dos veces al día, todos los enfermos son religiosos que alternativamente velan á los enfermos y les asisten con una caridad extrema. El superior mismo busca con empeño los servicios más bajos y da ejemplo á todos. Por una perfeccion desconocida aún en nuestras órdenes francesas, por otra parte muy desinteresadas, aquellos religiosos, además de los votos solemnes de castidad, de pobreza y de obediencia, hacen el de cuidar á los enfermos. Casi todos son legos; solo algunos reciben el sacerdocio, á fin de aplicarse á la curacion de las almas. Como hermanos de los pobres enfermos, participan de sus alimentos; la misma cocina

1 Constanzi, t. I, p. 73.



sirve para unos y para otros. Con el fin de que los enfermos beban del agua más pura, se va por ella á la fuente Trevi, llamada virginal, y ya conocida por la mejor desde el tiempo de los Romanos. No debo olvidar que la Francia mantiene en el hospital de los Benfratelli dos lechos para franceses pobres, siendo el gasto de un franco trece céntimos por día.

Aunque el dolor, pronto como el buitre, ataque al hijo de Adán con la rapidez del relámpago, Roma no será sorprendida; Santa María del Consuelo es una prueba de esto. Aunque la enfermedad, semejante á la serpiente del desierto, enlace al hombre en sus innumerables pliegues, y no le conduzca á la muerte sino despues de largos y crueles tormentos, Roma encontrará todavía los medios de arrancarle, ó al ménos consolar á sus víctimas. Aunque la mayor parte de los hospitales reciben las enfermedades crónicas, sin embargo, la falta de un lugar especial para cuidarles, ha hecho nacer la feliz idea de establecer en Roma Hermanas de la caridad. La órden se compone de mujeres viudas, de casadas ó de solteras, de condicion honesta y de más de cuarenta años. Las parroquias en donde están establecidas obran separadamente; pero en caso de necesidad, se auxilian unas á otras por préstamos recíprocos de personas y de dinero. El cura es el primer superior y tiene el título de director; la priora es la primera entre todas las religiosas. Cuando aparece en alguna parroquia un enfermo crónico, por ejemplo, apoplético, ó de otro género, el cura advierte de ello á las Hermanas, quienes van á visitarle dos veces por semana, le dan una media libra de carne por día, pagan el médico, los remedios y el cirujano, suministran cama y ropa necesarias, y en fin, no le dejan sino hasta despues de su muerte ó cuando ya está sano. No se podría decir con qué ca-

ridad tan ardiente asisten á los enfermos aquellas buenas Hermanas, sirviéndoles día y noche, si es necesario. ¿Qué dirán los Fábios y los Scipiones, si reapareciendo en Roma, viesen á sus esposas y á sus hijas convertidas en sirvientas de aquellos pobres á quienes su orgullo apenas se dignaba mirar, y á quienes su crueldad hacia morir de hambre en la isla del Tíber? ¿Dudarían de la bondad, y por consiguiente de la divinidad de la religion, que ha producido semejante cambio en las costumbres del universo?

Los recursos de la sociedad se componen de contribuciones mensuales ó anuales. Cada parroquia tiene su caja especial; pero en caso necesario, socorre á las demas. ¡Plegue á Dios que los ángeles de la caridad lleguen á ser tan numerosos que se extiendan en las cincuenta y cuatro parroquias de Roma! 1

Hay otra enfermedad frecuentemente crónica y más frecuentemente incurable, cuyo tratamiento exige cuidados particulares; quiero hablar de la demencia. De todas las capitales, Roma es aquella en que la lotura hace ménos víctimas; ya he indicado la causa. Además, en este punto, como en otro, se ha mostrado generosamente previsora, y quisimos ver su obra. Llegamos á la «Longora,» y entramos al hospital de «Santa María de la Piedad, de los pobres locos.» Hé ahí todavía uno de esos nombres que revelan elocuentemente el corazón maternal de Roma cristiana. El hospicio data de 1548, y no conozco ciudad en Europa que haya tenido uno ántes de esta fecha. El de Roma fué fundado por tres españoles: Fernando Ruiz, Diego y Angel Bruno. Parece, por consiguiente, que se puede hacer honor á San Juan de Dios, español también, y cuya caridad hácia los enagenados habia traído desde luego la compasion de sus

1 Morich, p. 82.

compatriotas con esa clase de desgraciados. Como quiera que sea, el cardenal Quera, español, fué el primer protector del hospicio de Roma, y San Carlos Borromeo su magnífico bienhechor. El edificio se compone de dos patios cuadrangulares, alrededor de los cuales, en los pisos superiores, están los dormitorios, y en el piso inferior los refectorios, la cocina, los baños y la capilla.

Se admiten gratuitamente los pobres de Roma; los que pertenecen á otras partes son mantenidos allí mediante una pension anual de cien escudos. El alimento es muy bueno y el tratamiento muy suave; la camisa y los lechos de fuerza son los únicos medios que se oponen á la violencia de los furiosos. Santa María de la Piedad cuenta cerca de 370 enagenados; así como en el resto de la Europa, allí están las mujeres en una proporción inferior á la de los hombres. Esta observacion, unida á muchas otras, establece que el exceso de las pasiones, las ambiciones engañadas, sobre todo la debilidad en la fe, son las causas principales del aumento general de la locura. Sobre cien casos de demencia, ochenta son debidos al desarreglo de las pasiones. «Mientras ménos fe hay en un pueblo, hay más locos;» tal es la fórmula que resume todas las investigaciones de la ciencia; avisó á los gobiernos, á las familias, á los individuos.

Hemos visto lo que la caridad hace con los enfermos que son admitidos en los hospitales. ¡Pero cuántos desgraciados hay para quienes el alejamiento de sus familias, la ausencia de su país, por corta que sea, se convierte en un tormento insostenible; cuántos otros también, que rodeados de atentos cuidados, solo tienen necesidad de medicamentos! Roma, buena y tierna como una madre, respeta los afectos del pobre; se le mandarán á su casa los remedios necesarios y tendrá el consuelo de ver

se sano ó de morir en medio de los suyos. Esta delicada atencion de la caridad romana se personifica en el excelente pontífice Inocencio XII. El fué el primero que dió á la Limosnería apostólica su existencia actual. ¡Admirable institucion! que extiende sus beneficios por la ciudad entera, y que está dividida en once secciones, llamadas «visitas.»

Cada visita abraza dos, tres, cuatro ó cinco parroquias. Once eclesiásticos, venerables por sus virtudes y por su caridad, presiden las visitas y se llaman «visitadores.» Cada una de ellas tiene su médico y su cirujano; además, un médico inspector va frecuentemente á revisar los actos de sus colegas y la calidad de los remedios. Tres cirujanos «litotomistas» 1 y diez farmacéuticos completan el personal y las dependencias de la obra. Cuando un enfermo reclama los cuidados de la Limosnería, manda prevenir á su cura y éste envía un billete de aviso á la botica. El médico pasa allí todas las mañanas, encuentra el billete con la direccion del enfermo y va á visitarle. Si la enfermedad tiene un carácter demasiado grave para ser atendida en el domicilio, ó si el enfermo carece de los útiles necesarios, se le lleva, á expensas de la Limosnería, á un hospicio. Ordinariamente así son cuidadas en sus casas las personas que pertenecen á familias distinguidas, pero pobres, y que se avergonzarían de confundirse con el pueblo en la sala pública de un hospital; este es un nuevo rasgo de delicadeza de la caridad romana. Lo siguiente prueba su generosidad: algunos castillos y aldeas de las cercanías de Roma tienen sus hospitales particulares; si en los lugares en que faltan los socorros necesarios, se encuentra algun enfermo, la Limosnería lo manda trasladar á los hospicios de Roma. La

1 Que se dedican especialmente á la operacion de la talla.